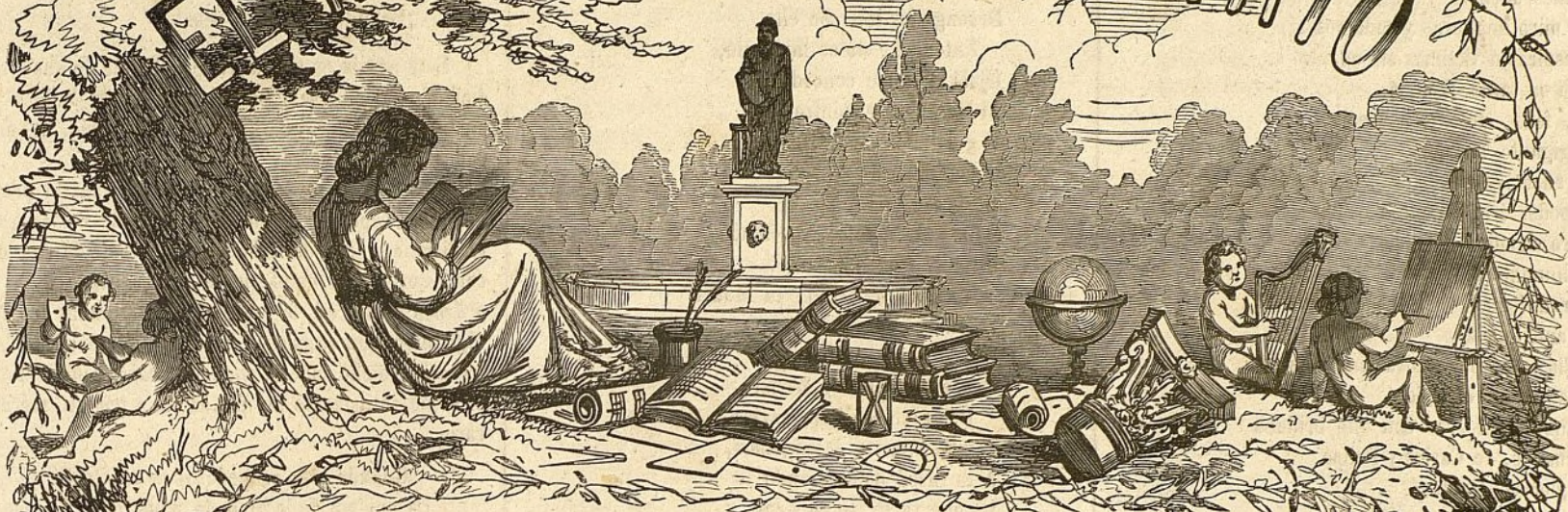


# EL MUSEO LITERARIO



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades y Altezas.

AÑO III.

6 Mayo 1866.

NÚM. 18.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes. — 18 trimestre. — 54 seis meses. — 66 año.

### EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses 24.—Seis 42.—Año 80.  
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 6 pesos año.

AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

### POR COMISIONADO.

Tres meses 28 rs.—Seis 46.—Un año 84.  
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 7 ps.  
AMÉRICA Y ASIA. Un año 9 á 14 pesos.

## REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

## ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.

### PROVINCIAS.

Casa de los correspondientes y administraciones de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rs. uno.

## SUMARIO.

Bibliografía, por D. N. L. J.—Del Renacimiento literario en el siglo XV, por D. Carlos R. de Arellano, (continua-

cion).—A la señorita Doña Luisa Ayllon, en el aniversario de la muerte de su madre (poesía), por Doña Angela Grassi.—Los carruages, por D. José Alcalá Galiano.—Los grandes hombres: Dolores, (poesía), por D. R. de Campoamor.—El amor á la patria (conclusion), por D. F. G. Manrique.—La

granja del amor (continuacion), por D. Pedro Moreno Villena.—El triunfo dell'Ave-Maria.

**Grabados.** Estanque llamado de los Suizos, en Versailles.—El puente improvisado, cuadro presentado por M. Mulready en la esposicion de Londres.

## BIBLIOGRAFÍA.

La publicacion de un tomo de poesías deberia ser mirado en los pueblos, á nuestro modo de ver, como un fausto acontecimiento; y lo será indudablemente. Para las personas sensatas, que al verlo descollar cual flor delicada entre los ásperos abrojos de la política; abrojos que desgraciadamente invaden y cubren casi por completo el campo de las letras, gozarán con la idea de que no se ha estinguido del todo en las almas la pura llama del amor á la gloria, noble ambicion, única que puede engrandecer el corazon del hombre. Y si ese tomo une en sus páginas las escelentes cualidades de belleza y moralidad, aun será mayor el júbilo de los amantes de la amena literatura. Así habrá acontecido indudablemente en Sevilla, en la gentil sultana del Betis, al aparecer la coleccion de poesías que acaba de publicar su autor el digno comandante de artillería Don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

Tres grandes ideas, ó mejor diremos, tres grandes sentimientos predominan en este precioso libro, y lo avaloran considerablemente. Es el primero el respeto á nuestras sacrosantas creencias, la fe mas acendrada, que si no se deja conocer en multiplicadas poesías consagradas esclusivamente á asuntos religiosos, es como un suave y misterioso aroma que se percibe en cada una de las delicadas flores de tan bella coleccion.

El segundo es el amor á las patrias glorias, ese amor sublime innato en todas las almas grandes, y origen de altas virtudes cívicas y brillantes rasgos de heroísmo. El Sr. de Gabriel, español por escelencia, no podia dejar de manifestar en sus poesías el mas vivo

entusiasmo por las grandezas y triunfos de España, y así lo hace entre otras varias en la sentida oda que dedica á la emperatriz de los franceses, y en la consagrada á Murillo, donde poseido de noble orgullo refiere el vivo afan con que las naciones mas ilustradas del mundo se disputaron la adquisicion de uno de los cuadros mas notables del pintor del cielo. El poeta, que presencié la célebre subasta de la Galería del mariscal Soult, la pinta así venciendo dificultades infinitas en su poesía:

La lucha empieza, y el amor al arte,  
El propio amor de las naciones varias,  
Los mútuos celos, y el que mueve á amarte  
Intimo impulso, oh Virgen, mas contrarias  
Que pudo un tiempo el fabuloso Marte  
A opuestas gentes que le rinden párias,  
Hacen á las entonces allí unidas,  
Y dieran por triunfar sus propias vidas.

Por el lienzo bellissimo una suma  
Ofrécese con ansia generosa,  
Multiplicase en breve, y como espuma  
Crece y á cifra llega portentosa;  
Acaso ya obtenerlo hay quien presuma,  
Mas dobla otro la oferta, y rumorosa  
La inmensa turba en el estrado suena  
Y en voz de asombro los espacios llena.

Rusia, un prócer britano, y el que lleva  
La voz y el cargo del francés Museo  
Quedan solos al fin, y en lucha nueva  
El lienzo se arrebatan: su deseo  
De adquirirlo harto más el precio eleva,  
Vence al cabo el francés, y apenas creo  
A mis propios oidos cuando hiere  
La cifra en ellos por que el cuadro adquiere.

Pero donde se muestra mas al vivo el ardiente patriotismo del Sr. de Gabriel es en la oda que dedica al ilustrado orador y eminente poeta D. José Fernandez Espino, oda que en nuestro humilde sentir es una de las mas brillantes perlas de esta coleccion. Indignado el autor con harta justicia ante las continuas acusaciones que propios y estraños dirigen á nuestra patria al tratar de sus pasadas épocas, y los exagerados comentarios que se hacen de los abusos cometidos por el tribunal de la Inquisicion, abusos que ciertamente existieron, pero que en todas las naciones, bien por el fanatismo religioso, bien por el político, se han presenciado iguales y aun quizás mas horribles; resentido hondamente de que no solo los historiadores estrangeros adocenados, sino tambien aquellos que parecen mas varaces y que gozan de general estimacion se hagan eco de esas acusaciones absurdas y calumniosas, no puede menos de esclamar con enérgico acento:

¡La Inquisicion! ¡Felipe! ¡El fanatismo!  
¡Del Nuevo Mundo la feroz conquista!  
¡Del degradado pueblo la ignorancia!  
Estas las frases son que á un tiempo mismo  
En Inglaterra y Francia,  
En Alemania y Flandes á porfia  
Sirven de tema eterno al rudo embate  
Con que á España combate  
El odio nacional y la heregía.

¿Y qué, decidme, vírgenes naciones,  
De todo error é intolerancia exentas,  
Jamás luchas cruentas,  
Ni opuestas religiones,  
Vuestro suelo sublime ensangrentaron,  
Ni vil supersticion, encono ciego



Vuestra impecable historia deslustraron?

¡Oh sí, que sangre á ríos  
En vuestros campos ven los ojos míos,  
Y de Calvino y de Isabel y Enrique  
Al terrífico acento  
Alzarse miro hogueras y cadalsos  
Y allí espirar á víctimas sin cuento!  
Unida en tanto España,  
Fuerte, feliz, potente aparecía,  
Y con gigante hazaña,  
Por arrancarle un mundo, el mar rompía;  
Y del poder á la eminente cumbre,  
Asombro siendo á la feudal Europa,  
Fraile humilde elevaba;  
Y la gran Isabel, del trono lumbre,  
Leyes antes dictaba  
Del indio amparo, admiración del sábio;  
Y apenas puede el lábio  
Los triunfos numerar con que brillaba  
De Fernando, de Carlos y Felipe  
En la gloriosa frente,  
La augusta diadema mas fulgente,  
De mas claro renombre  
Que nunca dado fue ceñir al hombre.

¡Tú, España, degradada! ¡Tú ignorante!  
¡Tirano tú, y fanático, oh Felipe!  
Respondan, patria amada,  
Tu altivez proverbial, y tu hidalguía  
De nadie superada;  
Respondan de París y el Orbe todo  
Las aulas que regia  
De tus hijos la ciencia,  
Y el anheloso afán con que del modo  
Que raudó el ciervo al manantial se lanza,  
Inmensa muchedumbre á ellas corria,  
De recibir sedienta su enseñanza.  
Responda, en fin, el generoso arranque  
Con que al sentirte herida en tu creencia,  
Tu honra, tu lealtad, tu independencia,  
Te alzaste, ejemplo al mundo, el *Dos de Mayo*,  
Y al galo fuiste de venganza rayo.

El amor á los santos lazos de la familia, amor puro y sagrado que embellece la existencia del hombre, es el otro sentimiento que impera en el libro de que nos ocupamos, destellando en sus páginas así cuando el poeta evoca y honra la memoria de sus claros antecesores, como cuando dirige sentidos versos á su *Madre*, á su dulce compañera y á su hijo. Quisiéramos disponer de mas espacio para insertar íntegro el bellissimo romance que dedica á este último, en el cual sin estudiadas frases ni exageradas manifestaciones de cariño, sino con el grato y apacible lenguaje de la verdad, muestra el autor á nuestros ojos todo el tesoro de ternura que encierra el corazón de un buen padre. En la imposibilidad de trasladarlo todo por su mucha estension y por la que este artículo vá tomando, lo haremos de algunas de sus estrofas.

Hé aquí cómo se espresa el autor, despues de pintar con grata sencillez las gracias del inocente niño y el vivo placer que siente su corazón al contemplarlo:

A veces, cuando contemplo  
Cuán gozoso jugueteas,  
Y cuál así de mi alma  
La dicha toda completas,  
Quisiera que eternamente  
Tu edad prolongada fuera,  
Y jamás de otras mayores  
Los peligros conocieras.  
Mas otras veces, las menos,  
Ya crecido te quisiera,  
Y que, mostrándote digno  
De tu nombre y tu ascendencia,  
Del gran Gonzalo emularas  
Las inmortales proezas,

Doquier triunfantes alzando  
De la patria las banderas.  
Mas ¡ay! que sea cual fuere  
Mi deseo, despues de esta  
Vendrá otra edad, y vendrán  
Desengaños mil con ella.

Entonces, dulce hijo mio,  
Ojalá Dios me conceda  
Al lado tuyo encontrarme  
Y guiar tu inesperienza;  
Que á veces un acto solo  
De juvenil ligereza  
Daños sin cuento, y profundos  
Pesares tras sí acarrea.

Y en tanto, así que tu Madre  
En tu corazón de cera,  
Con la fe y el sentimiento  
Grabe verdades eternas;

Dado me sea imprimirlas  
También en tu inteligencia,  
A tu razón demostrando  
Lo que ya tu pecho sienta.

Que una religión tan solo  
Es sagrada y verdadera:  
La que á todos los humanos  
Hermanos hizo en la tierra,

Borrando con su palabra  
De la esclavitud la afrenta,  
Y á la muger trasformando  
De sierva en esposa tierna.

La que al rico, al poderoso,  
Santa Caridad ordena,  
Y al pobre, al enfermo, al triste  
Otro mundo mejor muestra.

La que en los claustros salvara  
El tesoro de las letras,  
Y del Godo á la barbarie  
Fue insuperable barrera.

La que á reyes y á naciones  
Siempre habló con entereza,  
Y condenó la anarquía  
Y también condenó al déspota.

La que ciñe la tiara  
Al que último fue en su aldea  
Si en él la llama fulgura  
De santidad y de ciencia.

La que, en fin, guiando al hombre  
Por hacerlo bueno empieza,  
Y espera así confiada  
Que la sociedad lo sea.

Y al propio tiempo inculcarte  
Que dar la vida y la hacienda  
Por el rey y por la patria  
Siempre de honrados fue empresa,

Como en tu mismo linage  
Altos ejemplos lo prueban,  
Que algún día en tu memoria  
Dejarán profunda huella.

Y que la regla segura  
De hacer el bien en la tierra  
Y vivir despues por siempre  
En las mansiones etéreas,

Es amar primero á *Aquel*  
Cuya omnipotente diestra  
Produjo en obsequio tuyo  
Desde el insecto á la esfera,

Y hacer ó no á tus hermanos  
Lo que anheles ó no quieras  
Para tí, ¡máxima santa,  
Que solo un Dios concibiera!

Él, hijo, te haga dichoso,  
Y ese candor que demuestras  
Y la espresion con que al cielo  
Tus bellos ojos elevas,

Cuando al preguntar tu Madre  
«¿Dónde Dios está?» contestas

Con mirada que parece  
Que Dios á tí se revela,  
De tu honor y tus virtudes  
Seguros presagios sean.  
¡Bendito mil veces, hijo!  
¡Bendito mil veces seas!

Esta poesía es una clara prueba de lo que venimos diciendo, viéndose resaltar en ella los nobles sentimientos del fiel creyente, del digno patricio, del amoroso padre.

Celoso defensor el Sr. de Gabriel de la proverbial hidalguía española y admirador ardiente de las gloriosas tradiciones, manifiéstalo así en varias de sus obras y con especialidad en el soneto que consagra á las cuatro órdenes militares, la insignia de una de las cuales brilla dignamente en su pecho. No podemos resistir al deseo de transcribir dicho soneto, modelo acabado de belleza, por el noble entusiasmo de que es eco y por su mérito literario.

Cuando rota en pedazos se mostraba  
La unidad de la hispana monarquía  
Y rota entre sus reyes la armonía  
Segundo Guadalete amenazaba;  
De Alcántara, Santiago y Calatrava,  
Y de Montesa luego, á luz nacía  
La sagrada, marcial caballería,  
Y de nuevo la patria se salvaba.

Cuatro siglos sus lides contemplaron;  
De Lasso, Calderon, Quevedo, Ercilla,  
Sus insignias despues el pecho ornaron.

Si en armas como en letras maravilla  
Su historia, y nuestros tiempos alcanzaron  
¿Quién estinguirlas osará en Castilla?

Brilla en estas poesías la mas esmerada corrección de lenguaje, adivinándose por ella que pertenecen á la escuela sevillana, cuyas obras se han señalado siempre por la belleza de la forma, cualidad esencialísima y aun casi pudiera decirse indispensable de toda obra literaria, si ha de pasar á la posteridad con indeleble sello de buen gusto.

No terminaremos la tarea grata que nos hemos impuesto sin dar nuestro mas sincero parabien, y así lo hacemos, al ilustrado poeta, como también á la noble ciudad que ha visto brotar de su seno ese bello libro que descollará siempre cual galana flor entre los zarzales de que por desgracia se vé frecuentemente cubierto el campo literario.

N. L. J.

## DEL RENACIMIENTO LITERARIO

EN EL SIGLO XV.

### Artículo 5.º

No permanecieron estraños los gobiernos republicanos de aquella época al gran movimiento de restauración literaria, que se verificaba ante su vista patrocinado por los grandes, sino que por el contrario debíoseles en gran parte su realización.

Va en los artículos anteriores hemos visto lo que hizo el de Florencia, dirigido por la poderosa familia de los Médicis. El de Venecia dispuso la mas benévola y agasajadora hospitalidad á los sábios griegos fugitivos de Constantinopla, por lo cual agradecido uno de ellos, el Cardenal Besarion, la llama «ciudad regida por la justicia, donde reinan las leyes, la sabiduría y la probidad, gobiernan y habitan las virtudes, la dignidad y la buena fe;» en lo cual si se descubre bastante exageración, también se echa de ver que el ánimo de aquel ilustre prelado, no era ingrato á los beneficios recibidos. No contento con esto dejó sus libros á la misma ciudad, la cual, reuniéndolos á los de Francisco



Petrarca, que habia comprado, fundó con ellos la biblioteca del palacio ducal de San Marcos. También confirió aquel gobierno cargos elevados á distinguidos literatos, y en particular á Francisco Barban, á quien las embajadas y mandos militares que desempeñó no le estorbaron dedicarse á las letras, y sostener correspondencia con los hombres mas ilustres de su tiempo. Por último, aquella ciudad fue la primera que concedió privilegios á los impresores, siendo los mas antiguos de que se tiene noticia, el que el Senado concedió á favor de Juan de Spira, espedido en 1469, para las epístolas de Ciceron, limitado á cinco años, y el que obtuvo de la misma república en 1494 Hernan Lichtenstein para el *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais. Los genoveses fundaron en su ciudad cátedras de bellas letras á cuyo frente pusieron á Mario Filelfo y otros literatos de fama; y los Pisanos además dieron una ley eximiendo de impuestos á los libros de ciencia y de derecho canónico.

Pero la antorcha del saber encendida en Italia, hubiera tardado largos años en estender su luz por el resto de Europa, si un invento prodigioso no hubiera venido en aquella época á cambiar la faz del mundo, poniendo al alcance de todas las fortunas los libros, y con ellos los medios de adquirir instruccion, reservados antes á las personas opulentas por el excesivo costo de los manuscritos. Hablamos como habrán conocido nuestros lectores, del arte de imprimir, acerca de cuyo inventor se ha disputado bastante.

Parece que en la China era conocido desde la mas remota antigüedad, pero allí permaneció sin ser de provecho alguno para la humanidad, oculto y estacionario, como el genio de aquel pueblo comprimido y degradado bajo el peso del mas abyecto despotismo. También era conocida en Europa la impresion estereotípica, pero no para obras literarias, sino para estampar naipes, é imágenes de santos. A las de estos añadió Lorenzo Coster de Harlem algunas leyendas y oraciones, llegando á tirar páginas enteras de texto, por lo cual le atribuyen algunos la gloria de la invencion de la imprenta. En efecto, existen libros impresos de esta manera entre los años de 1400 y 1440, entre ellos el *Speculum humanæ salvationis*, en sesenta y tres hojas á dos columnas, impresas solo por un lado. Sin embargo, estos ensayos imperfectos de estampacion, ningun resultado beneficioso habian dado, cuando Juan de Guttemberg inventó los caracteres movibles para imprimir, que es lo que constituye el verdadero mérito del descubrimiento, por lo cual, el unánime consentimiento del mundo civilizado venera como inventor del arte maravilloso á aquel ingenio privilegiado.

Guttemberg nació en Maguncia el año de 1400, de la ilustre familia de los Sorgenloch, y en 1424 se estableció en Strasburgo, donde ejerció el cargo de Senador noble. Allí hizo los primeros ensayos del nuevo arte por los años de 1436 á 1440; pero habiendo invertido en ellos grandes sumas, volvió á Maguncia, donde se asoció con Juan Faust, rico platero, que le facilitó los fondos necesarios para establecer una nueva imprenta. Tampoco logró prosperar entonces, pues habiendo tenido disgustos con su socio, fue espropiado jurídicamente y sus enseres tipográficos adjudicados al capitalista. Y aquí debemos consignar, que los que atribuyen la gloria de la invencion al holandés, niegan que Faust fuese hombre acaudalado, sosteniendo por el contrario, que era un aprendiz de Coster, á quien sustrajo parte de sus caracteres, con los cuales huyó á Maguncia, donde de acuerdo con Guttemberg estableció una imprenta, atribuyéndose ambos la gloria de haber inventado el arte tipográfico.

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que una vez disuelta la sociedad de Guttemberg y Faust, este tomó por regente de la imprenta á Pedro Schöffer, que substituyó á los primitivos caracteres de plomo otro metal mas duro, halló la tinta aceitosa propia para este uso, é inventó los punzones para fundir los caracteres por

medio de matrices, en vez de grabarlos de uno en uno. Guttemberg, por su parte fundó por sí un nuevo establecimiento, y continuó imprimiendo hasta el año de 1465, en que fue nombrado gentil-hombre del elector Adolfo de Nassau, y murió en 1468 con la satisfaccion de ver su descubrimiento preconizado por toda la Europa culta, y ensalzado cual merecia su nombre, aunque algunos le hubieran disputado el honor de su invencion.

Aunque la Italia no tuvo parte alguna en la invencion de la imprenta, fue el primer pais que imitó el ejemplo de Alemania, y con tal ardor y actividad, que al poco tiempo produjo mas libros impresos, que todo el resto de Europa, haciendo además rápidos progresos en el perfeccionamiento del arte. Hánse practicado diferentes investigaciones para averiguar en qué ciudad de Italia se estableció primero; unos atribuyen este honor á Venecia y otros á Milan, fundándose los primeros en que la obra titulada *Decor puellarum*, salió de aquellas prensas en 1461, y sosteniendo los segundos que el impreso mas antiguo lo es la coleccion intitulada: *Historiæ Augustæ Scriptores*, dada en Milan en 1465. Pero prescindiendo de estos hechos de dudosa autenticidad, se puede asegurar, que ya antes de 1465, se hallaba establecida en el monasterio de Subiaco, pues se conserva una edicion de Lactancio, hecha allí en el referido año por Conrado Sweynheim y Arnoldo Paunartz, á la cual se dice precedió la obra gramatical de Donato. En 1467 se introdujo en Roma, donde sustituyeron á los caracteres góticos que hasta entonces se usaban, los que hoy se emplean generalmente, por lo cual se llaman romanos.

Al poco tiempo no habia ciudad de importancia en Europa donde no se hubiera establecido, puesto que ninguna otra invencion se propagó tan en breve, por lo cual no la seguiremos en la rapidéz de su marcha, limitándonos á consignar, que no fue España la nacion donde encontró mas tarde acogida, puesto que ya en 1470 la hallamos en Sevilla, en 1474 en Valencia, en 1475 en Barcelona y Zaragoza, en 1480 en Salamanca, en 1486 en Toledo y en 1487 en Murcia. No faltan autores que dan la primacia á Valencia sobre Sevilla, retardando su ingreso en esta ciudad, y sosteniendo que el primer libro que se imprimió en España, fue una coleccion de treinta y seis autores que escribieron acerca de la Concepcion de la Virgen María, que salió á luz en Valencia, el año de 1474.

(Se continuará.)

CARLOS R. DE ARELLANO.

Á LA SEÑORITA

## DOÑA LUISA AYLLON

en el aniversario de la muerte de su madre.

¿Por qué bañar con llanto de amargura  
Esa tumba que un sér querido encierra?

¿Por qué cubrir con férvida ternura  
De adelfa y de ciprés la augusta tierra?

Si del cielo tu alma es fiel traslado,  
Si eres de los arcángeles hermana,

¿Por qué llorar sobre el sepulcro helado  
Do cesa de luchar la raza humana?

Bien sé que para el huérfano doliente  
Guarda el mundo coronas de quebranto....

¡Los que madre teneis, erguid la frente!  
¡Los que madre tuvisteis, verted llanto!

¡Una madre!.... ¡Cuán dulce es este nombre  
Al alma que suspira sin consuelo!

¡Una madre!.... ¡Su voz trasforma al hombre  
En arcángel de luz que escala el cielo!

¡Yo la tuve también!.... ¡También un día  
Escuchaba su voz consoladora!

Mientras por mí velaste, madre mia,  
¡Ay, no supe jamás cómo se llora!

Mas tu aliento, mi Luisa, no sucumba:

La esperanza es paloma fugitiva,  
Que surge candorosa de la tumba  
Llevando un ramo de celeste oliva.

El cáliz del dolor guarda en su fondo  
Néctar sublime que su amargo ataja:  
No es, no, tu madre ese despojo hediondo  
Que yace envuelto en fúnebre mortaja!

¡Tu madre no está allí!.... Cuando fenece  
La hoguera que descuellan en noche oscura,  
Si su llama inmortal se desvanece  
Tal vez es por trocarse en aura pura.

Hubo un tiempo.... ¡pasó!.... Estasiado el hombre  
Por los cortos milagros de su ciencia,  
Osó de su Creador hollar el nombre,  
Dar al olvido su celeste esencia.

Al que en la sombra funeral camina,  
El resplandor del sol le causa enojos,  
Mas transcurre un instante, y su pupila  
Busca ferviente sus destellos rojos.

Los siglos en revuelto torbellino  
Rodaron, y el que es Rey de cuanto toca  
Abatió las fantasmas del camino,  
Que alma tiene inmortal, brazos de roca.

No hay imposible á su gigante aliento,  
Y aunque su corazon es mudo y seco  
Vá convertido en rayo el pensamiento  
Y en apuesto confin despierta un eco.

Le proclama la tierra su monarca,  
Es monarca del piélago profundo,  
Los elementos con su mano abarca,  
Puede hacer con su pié girar el mundo!

¿Mas cesa su inquietud? ¡No, que le grita,  
Mas allá, mas allá, voz salvadora,  
Y corre mas allá!.... Corre y se agita,  
Y halla el sagrario do el Eterno mora,

Y reposa, es feliz.... ¡Ilusion vana  
Es la tortura horrible que te aqueja:  
Que son las puras almas, dulce hermana,  
Copos de nieve, donde Dios se espeja!

Tras ese azul de mágicos fulgores,  
Entre océanos de luz, vagan los séres,  
Que libando el amor de los amores  
Se embriagan de célicos placeres!

Y tomando de Dios la pura esencia  
Cada espíritu un rayo es de su gloria....  
¡Allí mi madre está!.... ¡Santa creencia  
Que embellece la vida transitoria!

En todas partes por doquier la escucho,  
En todas partes por doquier la veo,  
Y sus benditas lágrimas, si luto,  
Sobre mi frente que descenden creo!

En las nubes azules ó inflamadas,  
En las trémulas aguas de la fuente,  
En las tímidas brisas perfumadas,  
Oigo vibrar su bendicion ferviente!

Como grato perfume que estasia,  
Sin ver la flor que es su divino centro,  
Sin verte y sin tocarte, madre mia,  
Yo sé que junto al corazon te encuentro!

Búscala tú también, ángel hermoso,  
Tú que eres flor de virginal pureza,  
Búscala en el sagrario portentoso  
En do la vida del mortal empieza!

Ven, mi Luisa, guirnalda de virtudes,  
No de triste ciprés teja tu mano,  
Porque allá en las celestes altitudes  
Solo el árbol del bien crece lozano!

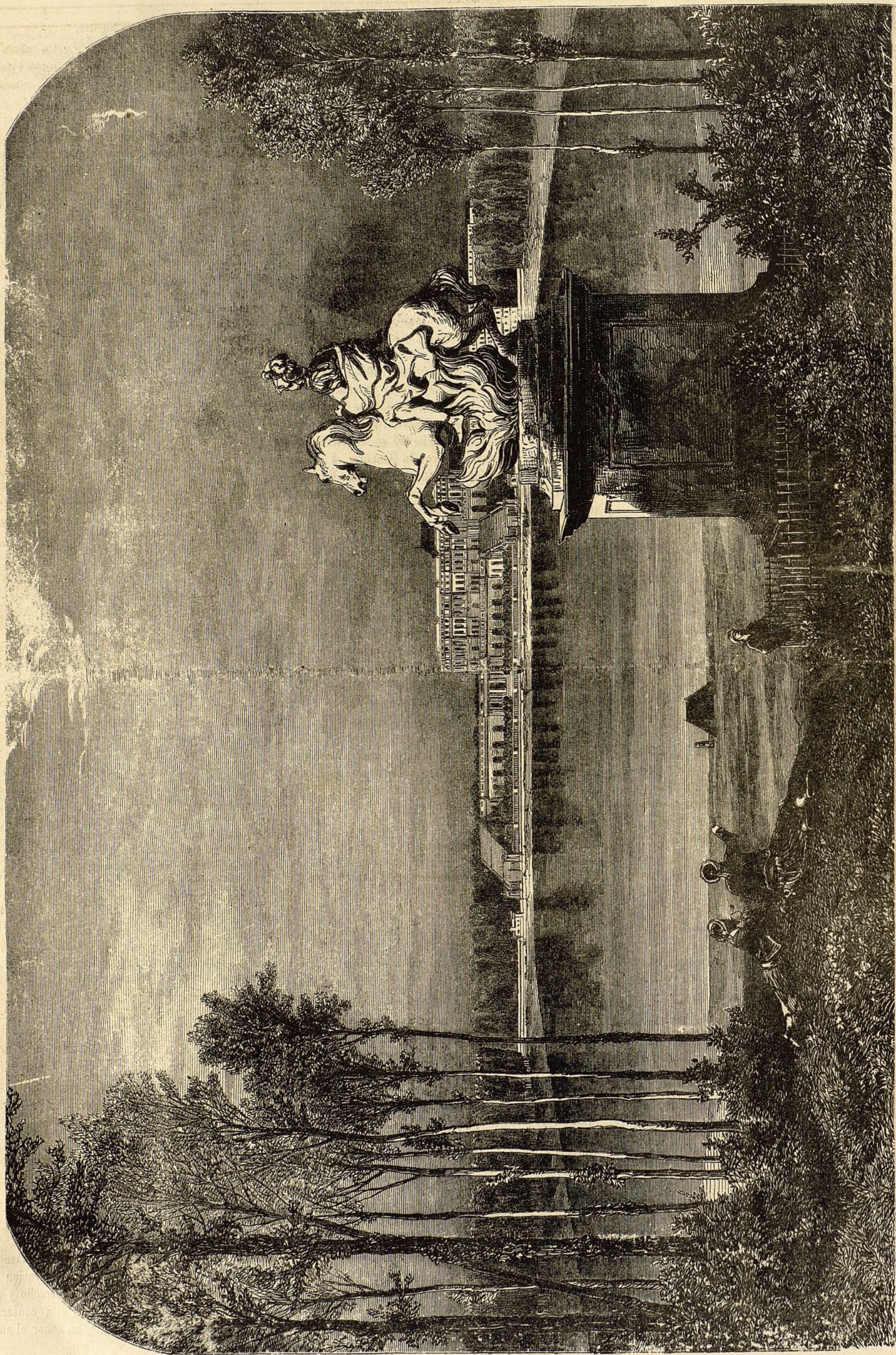
Ven, apoya tu frente en mi regazo,  
Sobre mi corazon busca el consuelo,  
Y cuando llegue el funerario plazo  
Ella las puertas te abrirá del cielo!

ANGELA GRASSI.

## LOS CARRUAGES.

Si remontando el rio de la historia tratásemos de hacer la *biografía* del carruaje, la enumeracion de sus diversas formas, de su progresivo desarrollo y perfeccionamiento, sacariamos en limpio esta consecuencia: que siempre se ha mirado como un honor el andar en





ESTANQUE LLAMADO DE LOS SUIZOS EN VERSAILLES.



piés ajenos; sea que con esto se haya querido indicar que el hombre grande no debe hollar el polvo que hue-lla el miserable; ya que debe andar mas elevado, ya que

el hombre tiende á encumbrarse á la altura del ángel y solo puede elevarse á la del cochero.

Y en efecto, aunque Dios no crease al hombre su-

bido en un carruaje, ni montado en un caballo, es indudable que en sus altos fines le destinaba á tales honores, puesto que puso á su disposicion el noble corcel,



EL PUENTE IMPROVISADO.

(Cuadro presentado por M. Mulready en la esposicion de Londres.)



el paciente camello, el manso buey y otros brutos domésticos. Andar á pié, por mas que los piés sean para andar, es propio de bajos seres.

Los ángeles nos los representan con alas; la mitología nos muestra á Apolo en un carro deslumbrante; todos esos seres que crea la imaginación de los poetas, los genios, las hadas, las sílfides, las ondinas, los silfos y toda esa caterva misteriosa de sueños, sombras, apariciones y fantasmas, cruzan por el aire, vagan por las nubes, se deslizan por las aguas, se mecen entre vapores, cabalgan en un rayo de luna, se desprenden de las estrellas, resbalan por la yerba de las praderas: no andan. Por lo visto mover los piés, cosa que hacemos á cada paso, es cosa vil é indigna. Cuanto mas bajo y abyecto es un ser, mas se arrastra por el suelo. Por eso el héroe que se siente grande y el opulento que contempla sus tesoros, trepan sobre una carroza, y sin mover los piés ni pisar la tierra andan deslumbrantes de magestad.

Hoy las ciudades han perdido el magestuoso silencio de los antiguos tiempos. Ya no se escucha en ellas la voz del orador suspendiendo al pueblo de sus elocuentes lábios, ni el rumor de las públicas conversaciones, ni el clamoreo de las aclamaciones; hoy se oye un rumor sordo, constante y monótono, un estruendo interminable que apaga las voces y los discursos. Es la voz de la civilización, el ruido de los carruages que hormiguean por todas partes, que cruzan, suben y bajan incesantemente.

Coches por aquí, coches por allá. ¿Será que los humanos se han convertido en coches, ó viven en coches en vez de casas y tienen ruedas en lugar de piés? No, sino que así como un niño necesita un juguete con que divertirse, la sociedad, que solo es un gran niño antojadizo, necesita tambien un juguete con que entretener sus ocios ó satisfacer sus caprichos, y hoy el carruaje es la muñeca con que el gran niño se divierte.

Todas las pasiones, todas las cosas tienen una parte impalpable, que es la pasión misma, y otra palpable, que es su manifestación. La presunción se convierte en un adorno, la pereza en una butaca, la gula en un manjar, el crimen en un puñal, la vanidad hoy toma la forma de un carruaje, primera á indispensable necesidad, sueño dorado del hombre moderno.

¡Un carruaje! ¡Un par de caballos! ¿Qué no se hace hoy por poseer tales tesoros?

El abogado que trabaja noche y día sin descanso, formula sus esperanzas en un carruaje; el médico que lucha con las enfermedades y ahuyenta la muerte con el conjuro de sus recetas, vé premiados sus esfuerzos con un carruaje. El hombre de negocios aspira en sus cálculos á descifrar este enigma, á resolver este problema: ¿de qué modo de la nada, ó de un papel, ó de las piedras, puede sacarse la incógnita de un carruaje? El término de las ambiciones del día es un carruaje. Un hombre no se considera legítimo hombre mientras no ha llegado á *echar coche*. Aunque tenga honores, posición y condecoraciones; aunque viva cómodamente en buena casa, con buenos muebles, buena mesa y confortables chimeneas, se considera un pobre diablo si no tiene coche. Fulano tiene coche, es la fórmula con que se espresa el bienestar de una persona, pues tenerle representa el fin de su carrera á pié y el principio de la carrera en coche, que á galope, por la posta, conduce á las mas sublimes y encumbradas posiciones.

Sobre el *Ideal de la Humanidad*, Krause escribió un excelente libro. Hoy puede escribirse en un renglón lo que el filósofo escribió en un tomo: el ideal de la humanidad hoy es nacer, vivir y morir en un coche. Dichoso el que se encumbra á un carruaje, pues encontró la piedra filosofal moderna.

Hoy la imaginación se forja un coche, el pensamiento se fija en un coche, las ilusiones son por un coche y las esperanzas de un coche, que es la imagen vaporosa que por todas partes sigue á la mente, como la

sombra sigue al cuerpo, el anhelo constante que hace latir con doble fuerza el corazón.

La joven que llega á los quince siente nacer en su pecho un misterioso deseo: es la necesidad de amar, es el hambre del corazón, que tambien el corazón tiene su hambre. Pero ¡ay! si el ser ideal que vaga por su mente, que aparece en sus ensueños, se le presenta pobre, á pié, sin ostentación, caen al suelo sus ilusiones, se apean del coche de la fantasía. Si apareciese entre el esplendor de la opulencia, encima de un carruaje, sublime como un Dios, arrastrado por soberbios corceles como un héroe, derramando oro como Júpiter sobre Danae, esparciendo aromas como Flora de su seno, ¡cuánto mas ideal sería! Si aquel hombre le diese su mano adornada de brillantes, si hiciese protestas de amor envueltas en encajes y vestidos, si diese suspiros engarzados en aderezos, si la condujese al tálamo nupcial por un camino de alfombras y allí los cobijasen colgaduras de terciopelo, y sobre todo, si la llevase á paseo en una magnífica carretela, ¿no sería aquel hombre mas sublime, mas tierno, mas galante, mas buen mozo y mas enamorado? ¿Quién se atreverá á tachar de prosaico á un siglo que de tal manera siente y piensa? ¿No es mas espiritualista, mas platónica una generación que quiere despojar á la naturaleza humana de su fealdad y miseria, rodeándola de poesía y adornándola con los tesoros que produce la tierra y las maravillas que engendra el arte? Una sociedad que aspira á andar en coche, cuando menos es mas elevada que la que se contenta con poner la planta en el polvo donde el bruto imprime su huella, en el lodo donde el reptil se arrastra.

Conforme algunos saben, ó dicen y hacen creer que saben, sanscrito ó chino, supón, amigo lector, que yo, á fuerza de estudiar, soy mas sábio filólogo y entiendo el idioma de los carruages.

Voy á traducirte literalmente el ruido constante de que antes te he hablado.

Por aquí asoma una elegante carretela conduciendo á un matrimonio con sus hijos. El run run de sus ruedas, traducido al castellano, va diciendo: «Este que conduzco ganó, no sé cómo, su dinero, me compró para lucirme una temporada. No piensa en asegurar una modesta fortuna á sus hijos. Rodar unos días, halagar su vanidad, tal es su deseo, aunque mañana lllore en la miseria. Es un loco: yo soy su juguete.»

Por allá viene una airosa americana ocupada por una dama elegante y solitaria. «Esta, van gritando las elocuentes ruedas, es una víctima de la ambición. Amaba á un hombre honrado que la adoraba: llegó un millonario; el aspecto de su opulencia la deslumbró, el ruido de sus carruages la trastornó; entregó su mano, no diré á un hombre, á esos caballos que me conducen. ¿La veis? Pues hastiada de los placeres del lujo, desdñada de su marido, llora, llora su antiguo amor, arrastra en carruages su oculto dolor, tapa con sedas y encajes sus remordimientos. Es una desgraciada: yo soy su atormentador.» ¡Ay, si todos entendieran el idioma de los coches!

Mirad aquel faeton conducido por un joven. Es un demente que rodando carruages hace rodar su dinero, sin pensar que la rueda de su fortuna se gastará y su hacienda rodará por el suelo con risa de las gentes. ¿No le basta un coche por comodidad? ¿quién piensa en la comodidad? Necesita uno cada cuatro días de distintas formas y condiciones. Apura todas las combinaciones de coches, grandes con caballos pequeños y vice-versa, lacayos altos y bajos. En fin, el carruaje es el objeto de su culto y veneración.

¿Veis aquella joven? ¡Qué carruaje, qué caballos! Parece un diosa y es... una muger que vendió su primogenitura, su honor, no por un plato de lentejas, por cosa de mas valor, por un plato de carruages.

Un joven buen mozo, apasionado, haciendo protestas arrodillado á los piés de una hermosa, puede mucho sobre ésta, halaga su fantasía, conmueve su

corazón pero el elocuente silencio de una carretela parada á su puerta, es la mejor y mas convincente declaración. ¡Cuántos enamorados tienen por rival un par de caballos! ¡Cuántos caballos se reirían si supiesen cuántos amantes prueban la insípida calabaza por su causa!

Yo de mí sé decir, que enamorado no temblaría al ver cien rivales rodear al objeto amado, no temería que armados de punta en blanco me desafiases, porque el amor acrecienta las fuerzas y el valor en la lucha. Pero si viese un carruaje á la puerta de su casa, ni la hidra de Lerna, ni el león de Nemea, ni las horribles visiones del infierno de Dante tornadas realidades erizarían mis cabellos ni me harían estremecer con mas espanto. Porque al fin si un rival se os presenta le podéis vencer con pruebas de amor á vuestra amada, y si os desafia podéis luchar, podéis esgrimir la espada, poner quites ó dar tajos; pero ¿qué quites poneis á un carruaje? Para un amante es mas temible un tiro de caballos que un tiro de revolver ó de cañon rayado.

El carruaje es el peor enemigo de Cupido y el mas íntimo amigo de Himeneo. ¡Cuántos matrimonios hoy tienen por base cuatro ruedas, por lazos cuatro sopandas! ¡Cuántos tienen por freno el freno de sus caballos!

Contemplad aquel personage arrellanado en su coche. Lo debe á sus intrigas, acaso su mala fe; pero tiene coche, y ya es todo un hombre adulado, considerado y aun buscado. Un carruaje es un tapa-bocas, un cierra ojos y oídos.

En fin, lectores los de á pié, si vais á uno de esos paseos donde hay mas coches que personas, estad seguros de que, aparte de los legítimamente tenidos porque *se quiere y puede*, y con los que no me meto, la mayoría se debe á la vanidad, una buena parte á la locura, varios al deshonor, otros tantos al fraude, y aun acaso alguno á la desvergüenza. El aspecto de tanto carruaje atestigua grandeza; su rumor es el lenguaje elocuente que esplica al observador la miseria que bajo todos los aspectos de aparente honradéz ó repugnante y desembarazado descaro encierran esas rodátiles naves cargadas de vicios enteros, virtudes rotas y honras destrozadas; que llevan riquezas para traer pobreza. Si se medita despacio se verá que esos carruages, al parecer tan cómodos ó inofensivos, para uno que conducen tal vez atropellan cuatro.

Suele suceder que el mundo condena los vicios en pequeño y los autoriza en grande. Desprecia por ejemplo, á la humilde meretriz, y ensalza á la que dá su mano—y dar la mano no es darse entera—á un hombre, solo porque es rico y tiene coches. De ésta dice: «¡Qué gran boda ha hecho Fulana!» A la otra la arroja de su seno. ¿Cuál de las dos se prostituye mas? En la cantidad de la venta está la única diferencia, por mas que muchos vistan de sedas esta verdad desnuda y la adornen de brillantes para disculpar y encubren sus propias faltas y extravíos.

Hoy el que tiene coche quiere tener coches, y el que tiene piés aspira tener coche. Hoy esta palabra es la mas noble, la mas útil y pronunciada, como que ella resume en sí las modernas aspiraciones. Hoy el coche es la epidemia contagiosa. ¡Feliz el que se vé atacado de ella! No llamará médicos. ¡Feliz yo si me atacara! Pero ¡ay! los *males malos* vienen pronto, y los *males buenos* rara vez llegan.

¿Por qué, pregunto yo, para andar, para visitar, para pasear, para ir al teatro, á bailes, á todo, se necesita coche? ¿Será que los hombres del día son mas perezosos, se cansan mas, sienten mas el frío y el calor que los de antes? ¿Será que el perpétuo movimiento de esta generación ardilla y las dimensiones de las modernas poblaciones hacen indispensables los carruages? No. En hora buena que se usen por comodidad; pero hoy se usan por capricho: lo de menos es el coche *como objeto*; lo demás es el coche *como idea*. Poned para convenceros un enorme carruaje á la antigua, tirado por pacíficas mulas, y las risas, como el sol en las nubes, harán



brillar los mil colores del iris de la vergüenza en las nubes de vuestras megillas.

Examinad los carruages modernos. Se tienen por docenas, grandes, pequeños, de verano, de invierno, de primavera, de otoño, de mañana, de paseo, de noche, de caza, de campo, y pronto los habrá de muger, de hombre, de niño y de viejo. Hoy cada necesidad, cada diversion tiene su carruage particular, cada edad el suyo propio. Véanse si no el largo catálogo de nombres nacionales y extranjeros: clarens, breat, faeton, berlina, carretela, americana, tilburí, victoria, milord... basta, que acaso algunos pensando que es letanía, á cada nombre respondan *para nobis*, en vez de *ora pro nobis*. Estos nombres representan otras tantas formas, colores, proporciones y resistencias. Hasta hay coches imperceptibles, *coches de bolsillo*, de paja tirados por jacas microscópicas, con lacayos liliputienses, que á tales pequeñeces conducen los caprichos del hombre.

Ved los caballos en palacios por cuadras, con criados para servirlos y limpiarlos, con ayudas de cámara para adornarlos: y los adornan en efecto tan bien, los ponen tan airosos y elegantes, que casi eclipsan en punto á hermosura á muchos de sus dueños. Mas feliz es hoy un caballo que muchos caballeros, tomando esta palabra en su legítimo significado.

¡Pues y los cocheros! Lujosos como príncipes, ¡con qué gravedad se ostentan en sus sublimes asientos! Casi, al ver su dignidad y apostura, dán tentaciones de sentarlos en la poltrona de un ministro. Hay quien piensa mas en su cochero que en su muger. Hoy el cochero es un alto personaje; tiene mas blasones que su amo, pues lleva armas ducales por el cuello, por la espalda, por los bolsillos, por los faldones, en el sombrero; en fin, es una armería completa, un viviente tratado de heráldica, un archivo de nobleza, un príncipe de la sangre. Hoy el señor guía los caballos desde el pescante—tal vez llamado pescante porque desde él se pescan corazones—y el auriga, cómodamente recostado ó abrazado con sublime y cómoda gravedad al baston de su amo, es conducido por calles y paseos. Hoy el mejor caballo es el del *groon*. Con el tiempo el hombre *fashionable* tirará del coche, el cochero guiará, y el caballo irá muellemente reclinado, dándose mas tono que un bajá de tres colas, aunque él solo tiene una. Acaso algun futuro escritor, derivándolo de coche, dará á este siglo el título de *cochino*, lo cual seria una grave injusticia é imperdonable ofensa, de la que sin embargo no podremos defendernos los que entonces seremos el polvo que levanten las ruedas de sus coches, si por entonces los usan.

Si descendemos á la honda filosofía de los quiero y no puedo coches de lujo, á las vastísimas consideraciones acerca de los universales *Simones*, asilos de tantas intrigas, de tantas personas de diversas condiciones; si hubiéramos de escribir un tratado sobre la inmensa significacion que encierra una simple tarjeta con un *se alquila*, emblema de esta sociedad tan amiga de los alquileres y ventas, antes se habia de cansar de leer que mi mano de escribir, *verdades en camisa poco menos que desnudas*, como dice Quevedo.

Si alguien quiere saber el sentido de estos renglones, lo sabrá en pocas palabras: Que en la rodátil locura que nos aqueja, hemos forjado un ídolo que adoramos todos: es el *coche*; ídolo-Proteo, imágen de sus adoradores, ídolo con sus templos y sacerdote, y en cuyo culto se emplean diariamente inmensas sumas; ídolo forjado por el capricho mas que por la necesidad.

La sociedad es un gran coche, las pasiones, los caballos, adornados, pero sin freno, que la arrastran por el camino de la perdicion. La moda, ó mejor dicho la locura, es el nuevo y arrogante Faetonte que la guía, y así vá ello.

Las pasiones, pues, guiadas por la locura, ¿dónde podrán llevarle mas que á un abismo en que ha de hacerse pedazos? Día vendrá en que las futuras gentes, al ver las astillas, dirán: *che la diritta via era smarrita*.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

## LOS GRANDES HOMBRES.

### DOLORA.

De Yuste en el santuario  
Carlos quinto, emperador,  
Valientemente al calvario  
Subiendo de su dolor,  
Ver su entierro determina,  
Cual resuelto capitán,  
Doblado como la encina  
Rota por el huracán.

Ya en el ataúd metido  
Como en lecho sepulcral,  
Cayó cual león herido  
Que lleva el dardo mortal.

Y al tiempo en que se cayó,  
Mirándole de hito en hito,  
Una vieja murmuró:

—«¡Qué feo y qué viejecito.»  
Y, cuando la multitud

Cree que el grande emperador  
Está, mas que en su ataúd,  
Sepultado en su dolor,

El, frunciendo el entrecejo,  
Y fijo en tan vana idea,  
Dice:—«¿Que soy feo y viejo?  
¡Ella si que es vieja y fea!»

¿Qué le importara al cuitado  
Mas bello ó mas jóven ser,  
Si esas cosas ya han pasado  
Para nunca mas volver?

Del *dies iræ* el rumor  
Ya consternaba el ambiente,  
Y aun dice el emperador:

—«¡Habrá vieja impertinente!»  
Mientras el canto bosqueja  
Todo el horror de aquel día,  
Al rey la voz de la vieja  
El corazón le roía.

Y es cosa particular  
No pueda un varón tan fuerte  
Una burla despreciar,  
El que desprecia la muerte.

Don Carlos siente iracundo  
El corazón hecho trizas,  
Y el canto prosigue:—«el mundo  
Se convertirá en cenizas!»

La vieja, del funeral  
Oye entre tanto el solfeo,  
Como diciendo:—«¡Sí, tal,  
Muy viejecito y muy feo!»

Y airado la magestad  
Sigue:—«¡bruja del infierno!»  
Y el canto:—«¡por tu bondad  
Librame del fuego eterno!»

Calla el coro; alza el semblante  
Pálido el emperador,  
Surjiendo allí, semejante  
A la estatua del dolor.

Y cuando el monge imperial  
Vuelve á su celda apartada,  
Mostrando algo de fatal  
En su frente devastada,

Por todo su sér refleja  
Santa humildad, puro amor;  
Tan solo miró á la vieja  
Con humos de emperador.

R. DE CAMPOAMOR.

## EL AMOR DE LA PATRIA.

### Cuentos madrileños.

#### (Conclusion.)

#### III.

A los primeros albores del día 2 de Mayo, cuando apenas clareaba, cubierto el cielo de nubes que hacian mas dudosa aun la naciente luz del día, Andrés embozado en su ancho capote, estaba ya parado en la calle

de San Anton, esquina á la de Belen, dando muestras de mal humor y de desesperada impaciencia. Largo rato llevaba en estar parado en aquel sitio cuando desembocando por la calle de San Gregorio, llegó hasta emparejar con él un mancebo de anchos y robustos hombros, corta estatura, frente ancha y despejada y noble y varonil continente, que al reconocer á Andrés exclamó alegremente, pero con cierta turbacion al mismo tiempo.

—¡Ola Andrés! Mucho madrugaras y lejos del barrio la tomas.

—No estás tú mas cerca tampoco, Pepe, dijo Andrés. Yo vengo aquí á esperar á Luisa. Acostumbra salir á misa temprano, y necesito verla. ¿Y tú qué vienes á hacer por los barrios de San Anton?

—¿Yo? Nada. He salido de casa temprano porque dicen que hoy se llevan á Francia á los infantes, y queria verlos marchar, pero tan temprano he salido, que he andado por las calles y plazas haciendo tiempo hasta que sin saber cómo, me he encontrado aquí. Conque deja á Luisa y vente á Palacio.

—No, Pepe. Vete tú que yo tengo que hablar á Luisa. ¡Está hace dias tan cruel conmigo, que la amo tanto!

—Cosas de mugeres, chico, no la hagas caso, y si no te quiere, tanto mejor para tí, olvidala, que mucho mejores las tenemos en la calle de Toledo.

—No digas tonterías, Pepe, y retírate, que ya la veo venir y voy á acompañarla hasta la iglesia.

—Pues yo no quiero que la hables. Los hombres no deben rebajarse tanto por una muger.

—Y yo quiero que te vayas. Ea, adios.

—No me voy si no nos vamos juntos.

—Pepe, no me impacientes. ¿Qué te importa á tí lo que yo hago?

—Más de lo que crees, y pues es preciso que lo sepas, voy á decírtelo. Yo soy quien se casa con Luisa.

—¡Tú!

—Yo, que la adoro desde que la conocí, y á quien ella corresponde. ¿Lo entiendes?

—¡Dios mio! ¿Estás loco, Pepe?

—No estoy loco, Andrés, no estoy loco, y si no aquí está Luisa que te lo repetirá si quieres oírlo.

En efecto, Luisa acababa de llegar donde estaban los dos rivales, quienes casi á un tiempo la interpellaron de esta manera:

—¿Es verdad que te casas con Pepe?

—Dí á Andrés si es cierto que nos amamos.

La jóven pálida como la muerte, alzó sus brillantes ojos cuajados de lágrimas sobre el torero y con voz temblorosa le dijo:

—¿Por qué te empeñas en un imposible, Andrés? Nos hemos criado juntos y ni una hermana te querria tanto como yo te quiero; pero casarme contigo... te lo he dicho cien veces, es imposible. El cariño que te profeso es muy diferente del que una muger honrada debe tener á su marido.

—¡La Virgen de la Paloma te perdone el mal que me haces! Vete con Dios, Luisa; que seas feliz.

Confusa, avergonzada la muchacha, tomó tristemente la calle arriba, pero al ir á seguirla Pepe, el torero le cogió fuertemente por el brazo diciéndole:

—Quieto aquí, tunante, que así sabes hacer traicion á los amigos. Te se antoja que despues de haberme robado el corazón de la muger que amaba, te vaya á dejar sin arrancarte el tuyo? ¡Infame! ¿Dí, para eso te traje yo á su casa? ¿Es así como pagas la necia confianza que hice de tu honradéz?

—Confieso que tienes razon, pero Luisa de todos modos nunca hubiera sido tu muger, porque... ya te lo ha dicho, no le habias inspirado cariño.

—¿Y piensas tú casarte con ella?

—Sí.

—No será sin que me mates primero. Y al acabar de pronunciar estas palabras, una ancha y cortadora navaja brillaba en la diestra del torero, que esperó antes de herir, á que se armase su contrario. No tardó Pepe tampoco en sacar á luz otra navaja de iguales ó mayo-



res dimensiones, y al punto revolvieron furiosamente, uno contra otro, fija la vista, y el ánimo turbado por rabiosos celos y devoradora sed de venganza. Ya se habían tirado varios golpes sin éxito, cuando un lejano ruido de tiros y voces, vino á sorprenderlos en medio de su encarnizada pelea, y D. Juan Diaz, el honrado anciano á quien ya conocen nuestros lectores, seguido de gran número de paisanos que gritaban enfurecidos: ¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los franceses! se acercó á los dos combatientes exclamando:

—¿Qué es esto! ¡Andrés!... ¡Pepe!... ¿Habeis perdido el juicio?

—Perdido debo tenerlo, D. Juan, contestó Andrés tristemente. ¿No sabe usted que este villano se quiere casar con Luisa, Luisa á quien tanto amo, y á quien yo mismo le di á conocer?

—¿Es cierto eso, Pepe?

—Lo cierto es, que si yo no hubiera sabido que Luisa no tenia cariño alguno á ese, jamás la hubiera dicho una palabra. ¡Dios es testigo que no miento!

—Te creo, Pepe. Ea, dad al olvido lo que ha pasado y venid conmigo. Vamos, Andrés.

—¡Perderla!... ¿Y qué me queda sin su amor?

—¿Qué te queda, desdichado? dijo D. Juan con fervido entusiasmo: ¿Qué te queda, preguntas en este día?... ¿Qué?... ¡El amor de la patria!

—Pepe y Andrés se miraron. Multitud de paisanos cruzaban en aquel momento en todas direcciones, dando gritos de ¡Mueran los traidores! ¡Viva Fernando VII! ¡Venganza! ¡Viva España! Los dos amigos como movidos por un mágico resorte, se echaron en brazos uno de otro y al separarse dijo Andrés el torero con voz firme y serena.

—Tiene razon D. Juan. No hay amor mas santo que el amor de la patria: corramos, Pepe, á ayudar á nuestros hermanos y echemos á esos infames estrangeros que tienen esclavizados nuestros reyes: ¡Viva España!

Y seguido de D. Juan, de Pepe y de porcion de hombres y mugeres del barrio de San Anton, atravesó corriendo por la calle de Panaderos en direccion del Parque de Artillería.

#### IV.

Rugía de rabia el pueblo, y presentaba su desnudo y generoso pecho á las balas francesas, multiplicándose á lo infinito y haciendo prodigios de valor, inmortalizando así lo que fue palacio de los duques de Monteleon, convertido entonces en Parque de Artillería. Numerosas columnas francesas eran destrozadas por los cañones de aquellos valientes, que en las avenidas del Parque y alrededor de los intrépidos aunque pocos soldados que allí estaban, hacian un fuego mortífero y seguro sobre sus enemigos. Andrés el torero, al lado de las arrojadas heroínas que durante un breve espacio estuvieron sirviendo el cañon que los españoles tenian colocado en la calle de San José, por haber muerto todos los artilleros que le servian, hacia increíbles esfuerzos de valor, acometiendo á los franceses hasta en sus mismas filas, sin mas armas que un chuzo y su bravura extraordinaria.

De repente Pepe, que combatía á su lado, cae herido mortalmente de un bayonetazo que le asestó un soldado westfaliano, y al verle Andrés, olvidando su propia seguridad para acudir al socorro de su compañero, abandona el chuzo y quiere retirarle del sitio de la catástrofe á lugar mas seguro; mas Pepe, tendiéndole la mano con efusion, le dijo:

—¡Es inútil, Andrés! Ese renegado á herido bien; aquí, en el corazon; de otra manera no sucumben los españoles; per... dóna... me... a... díos.

Andrés, rodeado por todas partes de soldados franceses que le asestaban rudos golpes, sin tener nada con que defenderse, vaciló un momento; pero en medio de su desesperacion, echa mano á la navaja, y matando cuantos enemigos se le oponen al paso, logra escapar por la calle Ancha de San Bernardo gritando con voz atronadora: ¡Viva España! ¡Mueran los franceses!

#### V.

Poco mas de tres años habian transcurrido desde los sucesos que vamos narrando, cuando Andrés el torero, que el 13 de Julio de 1810 entró con la partida del Empecinado á quien pertenecia, en la Casa de Campo, con desprecio inaudito del gobierno del rey intruso, ya figuraba como uno de los mas bizarros guerrilleros, admirándose en él su inquebrantable constancia y su valor á toda prueba. No habia olvidado á Luisa; pero á su amor mal apagado aun, sustituia otro mas vehementemente y mas enérgico: *el amor de la patria.*

F. G. MANRIQUE.

### LA GRANJA DEL AMOR.

(Continuacion.)

Al pasar por bajo su ventana, un clavel doble cae y toca ligeramente al jóven; pero éste no le vé, baja Anita á recogerlo, y de pronto una idea terrible se apodera de su alma.

—Es el amante de Vicenta, él es el que esperaba y le hacia formar sus proyectos ya, á él es á quien quiere engañar; Anita, sin fuerzas para mas, cayó de rodillas y rogó ardientemente á la Virgen del Rosario, que no llegara á ser esposo de Vicenta aquel jóven. En cuanto á que se casara con ella no se atrevia siquiera á imaginarlo. Anita quiso hallar consuelo y recibir algun consejo de Antonia; pero ésta habia caido gravemente enferma, y tuvo que prestarla, como de ordinario, sus cariñosos cuidados. De vuelta en su casa pensaba en confesarlo todo y prevenir al jóven forastero; mas pronto desechaba tales pensamientos, recordando su deber, la obediencia y cariño que debia á los de la familia con quienes habia vivido y vivia. Vicenta, en movimiento siempre, hacia como que arreglaba la casa y cuidaba de todo, cantando alegremente, mientras el jóven examinaba los caballos de la casa en el patio.

—¿Quién canta? preguntó Pablo.

—Es mi hermana, contestó D. Felipe.

Entonces Anita empezó á cantar la segunda parte de la misma cancion con su voz argentina y pura. De allí á poco tiempo se presentó Vicenta en el patio llevando algunas viandas que preparar, y D. Felipe la presentó al jóven, diciéndole:—Hé aquí mi hermana; Vicenta, dispon bien la comida, pues hoy tenemos á este amigo con nosotros.

—¿Y es esta jóven la que cantaba ahora poco la segunda parte?

—No, era una pobre muchacha huérfana, que tenemos casi por hija adoptiva, dijo D. Felipe, no queriendo confesar que la hacian trabajar de todo.

Vicenta sirvió la comida preparada por Anita, y el jóven se admiraba de que todo hubiera sido tan bien y tan pronto preparado. Anita tuvo que permanecer en la cocina mientras Vicenta iba y venia con los platos, y mil veces la preguntó: ¿Quién es ese jóven? Por fin, supo que era Pablo el hijo del rico labrador de la Granja del Amor, de quien un dia recibió por presente un collar; ¿conque es el hijo de mi bienhechor? se dijo; y tan extraña coincidencia la impresionó vivamente. Todo eran lúgubres presentimientos para la pobre niña, cualquier ruido la estremecía, le daban espanto las sombras de la noche, y le parecian tristes los trinos de los pájaros; su cabeza ardia, la fiebre se habia apoderado de ella, y tanto, que al levantarse el dia siguiente, su semblante pálido, descompuesto, sus miembros doloridos, la daban tal aspecto de sufrimiento, que su ama quiso que se quedara en cama; pero Vicenta se enfadó suponiendo que todo ello no era mas que una maulería de Anita, que sabia tenian necesidad de ella. Anita calló, y poco despues cubriendo cuidadosamente su rostro se levantó, y dió principio á sus quehaceres. A

poco rato apareció el jóven, y dándola los buenos dias, la dijo:—¿Tan de mañana y ya ocupada?

—Hace poco que empecé, y Anita sintió vivo pesar de que la viera en tal estado; no sabia si darse á conocer ó esperar. Mientras seguia en sus faenas, Pablo le hizo una porcion de preguntas acerca de la familia y del interior de la casa. Anita pensaba que en su mano tenia el perder á su rival, que tan mal la trataba, aunque en el fondo no era mala; pero siguiendo los impulsos de su noble y buen corazon, dijo al jóven:—Me pareceis muy entendido y juicioso para no comprender que no se conoce á las personas en un dia; quedaos aquí algunos mas, y si yo puedo prestaros algun servicio lo haré de buena gana.

—Acepto, veo que eres discreta; mas ya hablaremos despacio, cuidate, pues no pareceis muy bien de salud.

Anita se alegró de su malestar que le habia permitido hablar con él sin que la conociera, y se sintió ya casi buena con tan inocente alegría, pues su enfermedad solo era abatimiento y pesar.

(Se continuará.)

PEDRO MORENO VILLENA.

### EL TRIONFO DELL' AVE-MARIA.

Opereta del jóven compositor D. Joaquin Garcia.

La noche del miércoles se puso en escena en nuestro teatro Principal y á beneficio de la distinguida artista Sra. Sanchioli, la opereta nueva del jóven maestro compositor D. Joaquin Garcia, *El trionfo dell' Ave-Maria*, en cuyo espartito del género clásico hemos encontrado algunas bellezas hijas del profundo estudio que sin duda ha hecho de la música, prefiriendo sacrificar el aplauso á dejar de ajustarse á la verdad. Todo el interés estriba en la instrumentacion y en la novedad de las modulaciones.

El libreto, composicion tambien de un poeta de esta ciudad, sacado de un episodio de la conquista de Granada por los reyes Católicos, acaecido en la noche de 8 de Diciembre de 1491, durante el largo sitio de la arabesca ciudad. Tarfe, el favorito de Boabdil, y el mas celebrado guerrero de la belicosa tribu de los Zegries, arroja su manopla en señal de desafio en el campamento cristiano; todos los caballeros castellanos se disputan el honor de recoger el guante y castigar al osado musulman; pero este honor estaba reservado al jóven page del rey, el esforzado Garcilaso de la Vega, el cual, á despecho de su monarca, se presenta en la ciudad morisca y logra en un reñido combate vencer á Tarfe, presentando su ensangrentada cabeza á la católica Isabel, y rescitando el pergamino que con la inscripcion *Ave Maria gratia plena* habia enclavado dos dias antes en la puerta de la mezquita el valeroso caballero Hernando del Pulgar, y que luego arrastrara la cola del fiero caballo de Tarfe.

Este es el asunto de la opereta de que nos ocupamos, y que ha sido escrita espresamente para la distinguida artista Señora Sanchioli.

La egecucion fue muy regular, especialmente el Señor Farvaro se hizo aplaudir, como siempre, cantando la difícil ária del primer cuadro con grandísima precision.

Felicitemos á la Señora Sanchioli por haber tomado para su beneficio la primera obra de un jóven Valenciano dando con esto estímulo al trabajo.

F.

Por todo lo no firmado:  
LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.